

Tal estado de cosas duró en aquella casa treinta años. Durante toda una cuaresma se alimentaron de manteca de Bretaña, y cuando, por acaso, entraba en ella un buen bocado, el señor de León lo tomaba, sin andarse con tapujos. Con todo esto, la casa de los Brezos estaba en ocasiones concurridísima, y casi diariamente y sin ser esperadas, cenaban en ella veinte personas. La mesa y los manjares eran elásticos.

Los príncipes de León, al morir sus padres, lo pagaron todo. En cuanto á la princesa, al enviudar heredó, por partes iguales con su hermana la princesa de Pons, la cuantiosa fortuna de los Roquelauze, y desde entonces se volvió tan avara, que, la víspera de su muerte, regateó su ataúd.

¡Cómo varían las personas!

V

Dije que la historia del Niño Jesús de cera había influido grandemente en el resto de mi vida: vale la pena explicar cómo. Tenemos la desgracia de haber nacido en un siglo filosófico que todo quiere explicarlo, en que los niños vienen al mundo discutiendo. Es una como epidemia extendida sobre las creencias, para destruirlas todas, y Dios sabe las consecuencias que de ello tocarán nuestros nietos.

A propósito de nietos, los míos están en mi antecámara moviendo un alboroto capaz de despertar á los Siete Dormidores. No sé lo que ellos creen, pero obran de manera que no puedo dudar de su presencia en mi casa.

Para una pobre ciega á la cual únicamente le

queda por compensación el oído, los chicos son una verdadera molestia.

La disposición de nuestro tiempo y las incertidumbres para lo venidero, las pinta la siguiente frase, atribuída á Luis XV:

— Mi sucesor saldrá del atolladero como Dios le diere á entender; el estado de cosas presente, bien durará tanto como yo.

El presidente Henault, que vivía en la intimidad del rey, ha constantemente afirmado que eso no era verdad, y que Luis XV era incapaz de alentar tan poco caritativo sentimiento. En cuanto á mí, lo ignoro; lo fijo es que la demolición se ha extendido á todas partes, y que en su lugar nada veo alzarse. En verdad, eso es tristísimo para los que reflexionan. Yo siempre he dicho á *mis amigos* los filósofos:

— Si nos demostráis que somos absurdos, que eternamente lo hemos sido al creer en la religión, guardando los principios y los usos de nuestros mayores, á lo menos enseñadnos otra cosa en equivalencia. No se puede hacer así tabla rasa sin dejar-nos una ficha de consuelo.

— Señora, los hombres *deben* no tener necesidad de eso; *deben* comprenderlo, analizarlo todo por virtud de su inteligencia, remitiéndose únicamente á la naturaleza, á la bondad del Creador, sin enfrascarse en ese farrago de ideas ridículas, á que han apellidado religión y ley. Venimos para talar la selva de preocupaciones.

— ¡Ah! — dije — ¿conque es para eso que hacen ustedes tantos fogotes?

No me han perdonado la frase, cuanto más que ha circulado por tertulias y cenas. Ya los verán Vds. en la labor, y entonces juzgarán si me engaño.

En fin, sea lo que quiera — pues tengo para mí

T. 1

3 003 0

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTECERRATO

que la manía del raciocinio me persigue, — sea lo que quiera, digo que, después de haberme reído de la figura de cera, y hecho burla de sor María de los Angeles, de sus *exvotos* y de sus oraciones ante un maniquí de modas, siguió la reflexión. Cierta noche dí en pensar que todas las imágenes, todos los ídolos, podrían ser igualmente respetables, y que si de ellos se buscaba el origen, quizá descubriríamos un paganismo disfrazado.

De esto á la duda, sólo había un paso. Atacando los símbolos, llegué á la verdad, y me pregunté si los dogmas, si los misterios, si la religión católica, en fin, era otra cosa que una alegoría, una necesidad impuesta como un freno á las pasiones de la muchedumbre, y buena para castigar á los que no piensan más allá, á quienes asusta el diablo, que á la más leve falta se ven clavados en las púas de su horca y arrojados al fuego, donde aquél lo vuelve y lo revuelve á uno como buñuelo en sartén.

Estos pensamientos maduraron en mi joven cerebro, con ayuda de una amiga, la señorita de Beaumont, meditabunda como ella sola. Ergoteábamos ambas largas horas sobre puntos para nosotras enigmáticos, declarándolos inadmisibles por esta sola causa. De esto se nos siguieron graves inconvenientes.

En vez de aficionarnos á lo que enseñado nos habían, lo denigrábamos. Aquellas pobres monjas, que únicamente sabían enseñar el amor de Dios y de sus preceptos, perdieron el tiempo, y sólo hicieron dos incrédulas, dos despreocupadas, que dirían hoy, y eso á fines del reinado de Luis XIV, en un tiempo donde la devoción era soberana absoluta. Juzgue el lector.

De buenas á primeras nada advirtieron las monjas; continuamos siguiendo á las demás á la iglesia;

hicimos como ellas las prácticas externas, y guardamos para nosotras nuestras resoluciones y nuestras rebeldías internas, hasta el momento de un retiro, antes de no sé qué fiesta solemne, en que quisieron hacernos pasar la mitad del día rezando, la otra mitad entregadas á la meditación, para luego ayunar, y de más á más, confesarnos con un sacerdote á quien no conocíamos.

Sin paciencia para llegar hasta el fin, cierta mañana me negué rotundamente á ir á la capilla, diciendo á sor María de los Angeles que ya yo estaba ahita de tales momerías, y que la Beaumont y yo no nos hallábamos dispuestas á soportar más.

— ¡Misericordia divina! — exclamó la buena monja, — ¿qué está diciendo esa niña? ¿en qué está pensando? ¡Momerías!

— Momerías, sí — dije, — y de ello quedará V. pronto convencida si quiere escucharme.

Y desenvolví mis principios, mis ideas, mi teología sin sentido común; todo lo denigré, derribé lo que sor María de los Angeles adoraba, y desenvolví lo que la Beaumont y yo habíamos elaborado á fuerza de disparatar, con ayuda de libros sumamente abstractos sobre el dogma, que tenían el poco tino de poner en nuestras torpes manos, y que no podían servir sino para extraviarnos.

Sor María de los Angeles quedó como quien ve visiones; salió en busca de otras monjas para que me oyesen, y, antes de mi conclusión, todas huyeron persignándose. La madre abadesa lo supo una hora después, y llamándome á su celda, le repetí con toda frescura lo que había dicho en presencia de las demás.

— ¡Desdichada! — exclamó la madre abadesa, — ¿qué dirá la señora de Chamrond, al saber que su sobrina es impía? Es capaz de morir de pesadumbre.

Esto me llogó al alma, pues quería mucho á mi tía, lo hacía todo con la mira de serle grata, y sus cartas de enhorabuena eran para mí el *nec plus ultra* de la gloria; la madre abadesa, que esto sabía, creía dar un golpe mortal á mis dudas mostrándome cuánto las desaprobaba mi tía.

Pero estaba empeñado mi orgullo, ó por mejor decir mi vanidad de razonadora, y no podía ceder así como se quiera. Atrévime, pues, á contestar, y de tal suerte, que la reverenda madre se tapó el rostro. Luego me dijo:

—Vuélvase V. á su cuarto, señorita, y no salga V. de él hasta nueva orden; tiene V. un modo de pensar peligroso, y por tanto no podemos permitir que frecuente V. el trato de sus compañeras, á las cuales pervertiría; sobre todo prohibimos á V. todo trato con la señorita de Beaumont, á que ya ha persuadido V. Se perjudicarían Vds. mutuamente. Puede V. marcharse, señorita; voy á disponer que la comunidad ruegue por V., pues en verdad lo necesita V. mucho.

De entonces data mi mudanza de opinión, mudanza incesantemente deplorada por mí, y que deploraré hasta mi muerte; porque, aun admitiendo que yo anduviese equivocada, ¿no es indecible ventura tomar por oro las hojas de roble?

Secuestráronme en mi estrecha celda, sin más compañía que sor María de los Angeles, que en vez de regañarme me compadecía: toda ternura y rectitud, veía aquella en la religión un consuelo y un refugio, la única dicha que ella soñara en su claustro, lo venidero de la otra vida, sin pensar en la ocasión eterna que amenaza á los incrédulos. Aquella alma pura no podía echar, ni de paso, una mirada al infierno. Tenía demasíadamente arraigado el amor á Dios para creerlo implacable. Las otras mon-

jas me hablaban del diablo, de sus cuernos y de su horca, y persignábanse temblando al notificarme los suplicios que me esperaban.

—Vea V. lo que hace—me decía con voz suavísima sor María de los Angeles.—Dios no la amará á V., y V. no le verá á El, y le estará á V. vedado amarle.

Lo cual era para ella el verdadero tormento.

Sin embargo, no cejé, pasé ocho días encerrada á pan y agua, formando escuela y exaltándome con la resistencia. Nuestro director, hombre de inteligencia limitada, tuvo la ocurrencia de escribirme varias cartas con el propósito de convencerme, empleando mucho papel y muchos razonamientos ociosos y vulgarísimos; no era aquella la verdadera religión. En cuanto á mí, ergoteaba conmigo misma, y eso me doctrinaba. Mi amiga Beaumont, menos enérgica, cedió. Era golosa, y el pan seco no la convenció.

Conservo todavía algunas cartas del padre Marais, y no las reproduzco por parecerme huecas é ineptas en demasía. Las que me enviaba mi tía me interesaban buena cosa más, pues me hablaban al corazón, como sor María de los Angeles, y mi corazón sentíase inclinado á escucharlas, por más que se resistía con todas sus fuerzas á mi espíritu; pero era éste tan terco y tan vanidoso, que se creía obligado á estarse en sus trece.

Yo venía á ser una especie de filósofa en ciernes; cualquiera habría dicho que calaba á las personas de los actuales tiempos, y que me proponía tomarles la delantera en punto á necesidades.

A mi tía le pareció grave el caso, tanto, que expresamente vino á París para ver de arrancar de cuajo tales principios y tales tendencias. Escuchéla respetuosa y cariñosamente; pero le contesté con gran firmeza:

— No está en mi mano evitarlo; no depende de mí creer ó dudar. Perdóneme V., mi querida tía; pese á todo, no me retire V. su cariño, pero no puedo.

La bondadosa mujer lloraba á lágrima viva, se persignaba, repitiendo una y otra vez que no había remedio para mí, y que mi alma se consagraba voluntariamente al infierno.

— ¡Ay! — añadió, — no tardaré en morirme, y tendré que separarme de ti para siempre. Nunca jamás volveremos á encontrarnos en las eternas umbrías donde juntos se goza de tanta felicidad; donde el alma ve y ama á Dios con amor inefable. ¡Ah! hija mía, ¡qué dolor para mí al dejar este mundo!

La señorita de Chamrond se engañó respecto de mí y respecto de lo que podía esperar de mi debilidad. Dióse á entender que yo era más accesible al razonamiento que al afecto, y eso no era así. Mi espíritu estaba empeñado en no ceder; mucho más fácil de seducir era mi corazón, y desde el instante en que éste le oponía resistencia, la conquista era imposible.

Mi tía no lo comprendió, y buscó un auxiliar que, según ella, iba á triunfar de todo.

Cierto día mi tía llegó al locutorio acompañada de un sacerdote de aspecto simpático, muy deferente, insinuativo, meritisimo y de incontestable sabiduría, del cual se había revelado hacia poco por modo sublime el talento oratorio, á la muerte de Luis XIV. Me refiero al padre Massillón, antiguo conocido de mi familia. Mi santa tía tenía en tal estima al padre, que lo interesó en la obra de mi conversión, y lo condujo á la Magdalena para que rescatase mi alma, como decía mi amiga Beaumont, que en vez de convencerse se había vuelto hipócrita.

Aquella visita me deslumbró. Massillón era el

héroe religioso del día. En los conventos y en las casas de las devotas, sólo hablaban de él. Su magnífica oración fúnebre de Luis XIV volaba en alas de la fama, y, más aun que la oración fúnebre, un acto que se contaba en todas partes, con no ser verídico, pero que no obstante diré, porque constituye uno de los más hermosos y sorprendentes cuadros que yo conozco, y también porque para la filosofía cristiana é incrédula es un gran motivo de meditación.

Decíase, pues, que Massillón había sido llamado al lecho de muerte de Luis XIV, cuando la Maintenón ya lo había abandonado, y sus limosneros dado los sacramentos, en virtud de su cargo y de la etiqueta establecida. Y aquí viene de molde decir que á la sazón era limosnero mayor de Francia el gallardo cardenal de Rohán, obispo de Estrasburgo, hijo muy conocido, si no reconocido, de Luis XIV y de madama de Subisa; su eterna amante.

Así el cardenal asistía á su padre, en quien pensaba menos que en su rey y en sus desavenencias con el arzobispo de París, á quien querían quitar de en medio. El moribundo era feligrés del arzobispo, que, por ende, tenía derecho á acompañarlo hasta el fin, á lo cual se oponía redondamente la intriga.

Sea de ello lo que quiera, es fama que el rey en persona envió por el padre Massillón; el cual dió al monarca los postreros consejos, alentándolo con su potente voz en aquel último y terrible tránsito. En el instante donde el médico de cabecera, después de haber pulsado al augusto enfermo, pronunció las fúnebres palabras: «¡El rey ha muerto!», todos los presentes se arrodillaron como obedeciendo á un impulso irresistible.

Massillón, solo, en pie en el estrado, tendió la mano sobre la ilustre cabeza del difunto, aquella cabeza que tantos años hacia gobernaba al mundo,

doblegándolo todo á su capricho, y, alzando los ojos al cielo, dijo:

— Sólo Dios es grande, señores.

Nunca he oído citar nada más magnífico, más sublime, y en situación como aquella.

Si non e vero e ben trovato, como dicen los italianos.

Massillón empezó su celeberrima oración fúnebre con aquellas mismas palabras; pero, con ser muy notables, no tienen punto de comparación con lo que se acaba de leer.

Todo lo hace la ocasión.

VI

Massillón escuchó mi razonamiento sin interrumpirme, con la confianza del hombre seguro de sí. Me hizo algunas preguntas, á las que respondí doctoralmente, casi tentada de desasnar al obispo, y lisonjeándome de conseguirlo, como verdadera loca.

El padre se sonrió con toda tranquilidad, y haciendo con la mano un ademán para imponerme silencio, me dijo:

— Basta por hoy, señorita. Veo lo que V. piensa, y en nuestra próxima conversación procuraré convencerla; así lo deseo vivamente. La señorita de Chamrond es una de mis buenas amigas, y, no fuese sino por ella, querría inducir á V. á que me escuchara. En cuanto á variar mi opinión y mi fe, permítame V. que continúe como hasta ahora. Creo porque amo, y es la creencia mejor y más firme. Dios es el señor de mi corazón y mi alma; si consigo conducir á V.

al mismo punto, me dará V. las gracias en este mundo y en el otro.

Tenía muchísima razón el buen obispo; pero nunca pude llegar adonde él se propuso, ni puedo aún ahora, á pesar de mis años, no obstante mi razón, mi voluntad y mi corazón; mi rebelde espíritu, alimentado en la escuela de los escépticos de este siglo, se niega á someterse. Por más que hago, nada lo doma. Massillón no consiguió más que yo. Sin embargo, vino diez veces seguidas, y al fin renunció, con dolor y con bondad, á su empeño; pero renunció.

— Señorita — me dijo, — Dios la había creado á V. para que fuese V. un ángel, y no sé qué espíritu maligno la ha mudado á V. en demonio.

La palabra era dura; pero en la sonrisa que la acompañó había tanto hechizo y tanta indulgencia, que no era posible guardarle rencor.

— Dios es muy grande — agregó el obispo, — todo lo puede; rogaré por V. Quizá mis indignas oraciones no sean escuchadas; sin embargo, la bondad del Señor es aún más inmensa que mi indignidad; esperemos.

Massillón se fué. Mi pobre tía tuvo que renunciar á sus esperanzas, y mis padres á sus proyectos sobre mi porvenir. ¿Cómo hacer entrar en religión á una niña que repelía las prácticas y las creencias del convento? No les quedaba sino buscarme marido, ó llamarme á su lado, para hacer de mí una tía al modo de los ingleses, esto es, convertirme en aya de los hijos de mi hermano. Dije muy alto que tomaría el primer novio conveniente que se me presentase, más, que lo provocaría, pues no me avenía á quedarme soltera. Mi padre y mi madre me replicaron que con el marido buscarse un dote, y yo contesté que una doncella de mi fuste no necesitaba dinero.

— Sírvate de norma la señorita de Chamrond,

profirió mi padre; prescinde del dinero si puedes; yo no sé de marido que no lo pida.

En aquel entonces, mi tía la duquesa de Luynes me llamó con bastante frecuencia á su casa, con el propósito, decía, de casarme, y yo la dejaba hacer. En su tertulia halláronme hermosa, y me ensalzaron, y algunos galanes me echaron piropos; pero ninguno de los tales estaba lo suficientemente rico para prescindir de mi carencia de bienes, ó era bastante capaz para suplir la falta de ellos. Con serme esto penoso, no perdí la esperanza.

Una vez mi tía me rogó que la acompañase á Dampierre para pasar allí algunas semanas con ella. Fuera ya del colegio y cumplidos los diez y siete, me autorizaron para aceptar, cuanto más que mi madre estaba satisfechísima de la proposición de la duquesa y me instaba con vehemencia á complacerla. La duquesa y yo emprendimos el camino gustosas una de otra, sin criado alguno, pues conforme ella me dijera, anhelaba vivir en familia para reposarse de la sociedad.

—Sólo tendremos un secretario del señor de Luynes, secretario al cual queremos grandemente, talentoso y de porvenir.

—¡Habla V. de él de un modo, señora! ¿Acaso me lo propondría V. para marido?—pregunté riéndome.

—Ta, ta, ta — contestó la duquesa encogiendo los hombros con desdén, — en todas partes ves maridos. Es un pelagatos, hijo natural de no sé quién, y ni siquiera se atrevería á pensar en eso.

La conversación no pasó de aquí, y no pensé más en el secretario ni lo vi en todo el día al llegar á Dampierre; tan sólo á la cena, por la noche, al entrar el señor de Luynes, vi detrás de éste á uno de los más apuestos mozos del mundo, de porte,

modales y elegancia tales, que únicamente podían parangonarse con él algunos señores de la corte. Yo creí que, á lo menos, era duque ó par.

—Señorita de Chamrond — dijo la duquesa, — cumplo mi promesa; estamos únicamente aquí el señor de Luynes, tú y el señor Larnage, el secretario de quien te he hablado.

Yo, sin poder irme á la mano, hice un ademán de sorpresa y una reverencia más profunda que no correspondía á un secretario, que me la devolvió como á la sobrina de la señora de Luynes, esto es respetuosísimamente, aunque me pareció que me miraba con menos respeto.

Las doncellas disciernen maravillosamente las gradaciones de este género. Como los duques se lo permitían, el secretario no se anduvo con encogimientos. Habló de todo con notable tino y gran mesura; su conversación era un verdadero castillo de fuegos artificiales; todo lo sabía aquél, todo lo había visto y leído, y con ser aún muy joven, su erudición podía compararse á la de un benedictino. Yo lo escuchaba con delicia, y de vez en cuando y con timidez aventuraba alguna expresión que él no dejaba de realzar. De buena fe confesaba yo mi ignorancia, y declaraba que nada me habían enseñado y que estaba anhelosa de saber.

—Es lo más fácil del mundo, señorita — dijo el secretario; — no tiene V. más que pedir; con una inteligencia como la de V., en poco tiempo puede comprenderse y retenerse todo.

—V. que todo lo sabe, señor Larnage — profirió mi tío, — ¿por qué no le enseña á lo menos lo necesario? Juntos están Vds. aquí por algún tiempo: aprovéchenlo Vds. pues, trabajen. ¿Se avienen Vds.?

—De mil amores—contesté yo atolondradamente. La señora de Luynes guardaba silencio, y aun

dió un nuevo sesgo á la conversación. A mí se me ocurrió que la buena señora temía una aproximación entre aquel joven y yo, y sorprendíome grandemente cuando al levantarnos de la mesa me dijo:

— No aprendas todo eso, hija mía, te harías insoportable; he conocido algunas mujeres pedantes con las cuales era imposible vivir; ya sabes bastante, demasiada sabiduría asusta á los maridos.

Muy otro era mi parecer; así se lo dije á la duquesa, y, por fortuna, el señor de Luynes se puso de mi lado. Tras larga discusión, acordóse que desde el día siguiente, el señor Larnage empezaría á darme nociones de varias ciencias, y que las lecciones serían frecuentes mientras durase mi estancia en Dampierre, sin perjuicio de continuarlas en París.

Consigno aquí estas menudencias, por una razón no fácil de sospechar. Aquel lance de mi juventud fué el embrión de la *Nueva Eloísa*. Un día lo conté en presencia de Rousseau, é interesó á todos; únicamente él no me dijo palabra respecto del particular. No obstante, al otro día me visitó y me dió las gracias. Luego añadió:

— Me ha inspirado V. un pensamiento en pos del cual iba yo; ya verá V.

Terminado el libro, Rousseau me lo trajo y me preguntó si me placía haber proporcionado el modelo de Julia.

— En cuanto haya leído el libro — contesté — se lo diré á V.

¡Ay! ¡qué fastidiosa me pareció aquella Julia, y cuánto hubiera sentido parecerme á ella! ¡Y Saint-Preux! Mi Larnage le daba quince y raya. En cuanto al señor Deffand, nada tenía de común con el marido bondadoso y filósofo. Cierto es que Rousseau no lo conocía.

Prosigamos la historia de la verdadera Julia, que

nada tiene que ver con la de Eloísa. No formen Vds. esta mala opinión.

Larnage tenía un modo de enseñar sumamente agradable, pero respetuosísimo. Yo tomé en sus lecciones un gusto indecible, hasta el punto de pasar el día escribiendo y leyendo, con maestro ó sin él, y de despertarme por la mañana regocijada de lo que iba á hacer. Era una verdadera diversión. No me paraba en profundizar, todo lo trataba por encima. Por fin, aprendí á escribir correctamente, lo que apenas me habían enseñado las monjas; eran los elementos primarios. La señora de Luynes, mudando de parecer, se interesaba en mis progresos. En cuanto al señor de Luynes, se reía, y Larnage tomaba en serio la situación. Yo, si he de ser franca, no sé claramente lo que sentía.

Cierta noche en que estábamos hablando de astronomía, mientras nos paseábamos todos por el parque, el joven profesor nos enseñaba el modo de conocer los astros. La duquesa se quejaba del frío y el duque se había apartado de nosotros para jugar al hombre con el capellán y un hidalgo de las cercanías. Larnage y yo nos quedamos solos para presenciar la salida de no recuerdo qué planeta. La noche estaba esplendorosa, los rosales exhalaban suavísima fragancia, y hacia uno de esos tiempos maravillosos que infunden deseos de vivir, la necesidad de amar y el frenesí de decirlo.

La soledad se hacía peligrosa; pero la señora de Luynes era demasiado pia y demasiado duquesa para suponerlo, y los demás no pensaban en tal cosa.

Andábamos mirando al aire, y poco á poco la conversación iba invadiendo el terreno del sentimiento y la divagación. Yo me ahogaba, digo mi corazón y mis diez y siete años hallaban estrechas las paredes de mi pecho, y Larnage no estaba más tranquilo

que yo. Ni uno ni otro decíamos palabra, sólo sentíamos.

— Señorita — profirió improvisamente Larnage, con voz tan conmovida que me hizo estremecer, — señorita...

— ¿Caballero?... — repliqué, como quien despierta sobresaltado.

— Es V. buena, de claro entendimiento, joven, y me comprenderá... no se burlará V. de mí.

— No soy burlona, créalo V., caballero—contesté.

— ¡Oh! la conozco á V, bien—profirió Larnage;— por eso voy á hablar. ¿Cómo juzgaría V. á un joven de humilde cuna, ó mejor dicho, ignorada, sin bienes de fortuna, que tuviese la audacia de amar á una señorita, y aspirase á serle grato, y pretendiese su mano para cuando se hubiese hecho digno de ella, si es que alguno pudiese merecerla?

— Si fuese sujeto de prendas — contesté, — lo tendría por hombre de noble y loable ambición; y si fuese lo contrario, lo tendría por impertinente.

— ¿Y podría V. amar á ese hombre, señorita? ¿Se avendría V. á dar calor á lo que V. llama noble ambición?

Yo comprendía claramente á Larnage, y aun diré que no dejaban de interesarme sus palabras; pero al mismo tiempo sentía la vergüenza y el gozo de una primera declaración, y no me avenía á aceptarla completamente, pues no amaba; coqueta y curiosa, halagábame lo que Larnage me decía. El saber que era amada me enaltecía á mis propios ojos; esto me hacía más mujer; dejaba de ser niña, lo cual era mucho más solemne que dejar los pañales.

Sin embargo, no era esto lo que más me interesaba el corazón aquel día.

— Señorita — prosiguió Larnage impaciente y febril,—V. no me contesta. ¿Me comprende V.?

— Ya le he contestado, caballero — dije.

— Para otro, sí; pero no para mí. ¿No ve V. que estoy padeciendo?

— No quiero que V. padezca.

— ¡Ah! señorita, ¡si V. supiese cuánto la amo!

Impulsada por un arranque de candor inocente, capaz de trastornar el juicio á Larnage, miré á éste cara á cara y le dije:

— De V. depende el comunicármelo.

VII

Larnage se volvió como quien no sabe qué creer, y no atreviéndose á suponer un amor superior á sus esperanzas, sino á sus pretensiones, tartamudeó algunas palabras, figurándose que yo me ratificaría ó que tal vez me adelantaría aún más; pero guardé silencio, y me limité á interrogar con la mirada.

— ¿Y bien, señorita? — profirió Larnage al ver que podíamos permanecer de tal suerte hasta el juicio final.

— Espero — contesté.

— ¿Qué espera V., señorita?

— Si mal no me acuerdo, decía V. que...

— ¡Ah! señorita, V. no me ama.

— No es eso lo que necesito saber, caballero; no se trata de mí, sino de V.

— Me desespera V., señorita, no sé qué pensar; tengo en la cabeza un volcán; la esperanza es audaz hasta lo insoportable, y el temor... es la muerte.

Yo, joven, candorosa é inocente, pero curiosa hasta más no poder y de instinto finísimo, me esfor-

zaba en comprender y quería saber. Las exclamaciones y las quejas de Larnage no me satisfacían; mi expectación era indecible. Larnage, que no adivinaba este sentimiento propio de una doncella, exclamó, en un raptó que me pareció inexplicable:

— Por Dios, ¿me permite V. hablar?

— Hace una hora que se lo estoy pidiendo á usted, caballero.

— Señorita... la amo á V... — repitió Larnage turbado hasta más no poder.

— Ya me lo ha dicho V.; ¿qué más?

— Querría obtener la mano de V., señorita; querría ser poderoso y rico para hacerme digno de usted; pero, si V. no me alienta, ¿cómo voy á ser capaz?

En mi apuro, porque en verdad empezaba á turbarme, guardé silencio.

— Me tiene V. por muy osado, ¿no es así?... ¡Ah! señorita, el amor no repara en obstáculos. Por otra parte, no estoy tan desprovisto de recursos y de protección como V. imagina, y para que V. se convenza de ello, le confiaré, bajo la fe de su palabra, el secreto de mi nacimiento, en la confianza de que sabrá usted guardarlo.

— Cuente V. con mi discreción.

— No hay duda en que mi cuna es conocida — prosiguió Larnage; — mis protectores enteraron al señor duque y á la señora duquesa, á cuya bondad me confié una amiga de mi madre; sin embargo, los duques ignoran el nombre de mis padres, pero usted va á saberlo, señorita; y cuenta que pongo todo mi porvenir en manos de V.

— Sosiéguese V., caballero, soy discretísima — dije, consumiéndome de curiosidad y temerosa de que nos interrumpiesen; felizmente mis tíos estaban absortos en su juego y no creían en las estrellas.

— Soy hijo de una señorita noble, educada en

Saint-Cyr, pobre, hermosa, buena, adorable. ¡Ah! ¿cuando conozca V. á mi madre!

— ¿Vive todavía?

— Sí, es casi tan joven como yo; la toman por hermana mía cuando salimos juntos; tiene la honra de ser parienta cercana del señor conde de Feriol, embajador de Su Majestad en Constantinopla.

— ¿Y su padre de V.?

— ¡Ah! ¿mi padre? — profirió el joven, nublándosele la frente y bajando los ojos. Y tras corta vacilación, añadió:— ¡Mi padre! no quiero acusarlo, pero engañó cruelmente á mi pobre madre. Después de haber abusado de la juventud y la confianza de la desventurada, la abandonó, y á mí con ella; es horrendo, señorita; mi deber sería maldecirlo, pero no puedo; la naturaleza habla, mi corazón está desgarrado en dos. Nunca he perdido la esperanza de que con el tiempo mi padre...

— Tornará al lado de la señora madre de usted ¿no es verdad?

— Sí, y reconocerá su culpa, y nos tenderá la mano; con él cuento para mis proyectos sobre lo venidero.

— ¿Así, pues, es poderoso?

— Lo era y lo será todavía. Su cuna, su inteligencia... En una palabra, es el duque del Maine.

— ¡El duque del Maine! — repetí yo con asombro.

— Sí; ahora comprenderá V. mis esperanzas, y tal vez disculpará V. mi audacia...

— Luego es V. nieto de Luis XIV— dije con viveza...

— Sí, señorita — contestó Larnage irguiendo con altivez la frente, — y quiero mostrarme digno de tal honra.

A esta revelación, experimenté un como vahido. Nutrida por mi familia y educada por las monjas en

una admiración excesiva, llevada hasta el culto, por el difunto rey, Larnage me parecía el hijo de Júpiter; era como un sueño, como una de esas apoteosis teatrales en las que vemos bajar de las nubes á los semidioses. Parecíame el joven un personaje muy superior á mí, María de Chamrond, y figurándome que aquél me honraba en demasía, estuvo en un tris como no le hice la reverencia. Larnage, pobre bastardo acostumbrado á una posición secundaria y á frecuentes humillaciones, no caló tal impresión, al contrario, interpretó en su desventaja mi silencio, y exclamó, volviéndose con viveza hacia mí:

— ¡Ah! señorita, conozco que estoy perdido, ya no se digna V. oírme ni mirarme.

Yo había avanzado ya mucho en la dirección que Larnage no preveía. Parecíame bastante conveniente la condición de nieta política de Luis XIV para una doncella sin dote, mayormente con un marido tan gallardo; y ya iba á proferir algunas palabras de aliento, cuando la señora de Luynes nos llamó. Hube, pues, de limitarme á dirigir una mirada al joven, que me dijo al oído:

— Señorita, permítame V. que mañana la vea.

El buen Larnage no sabía lo que se decía, porque ¿no nos veíamos diariamente y á solas? Siempre los enamorados han desatinado, y doyme á entender que en este siglo de razonamientos, desatinan aún más; de puro razonar, han de hacerse enojosos, y las jóvenes de hoy contraen indiscutibles méritos al escucharlos. No querría verme condenada á ello.

Sea lo que fuere, y para volver á mis primeros amores, á esos amores inolvidables, hasta cuando ya no se les añora, digo que me hallaba como aturdida, y que de tanto pensar, ni hablaba ni oía. Sobre el particular, la señora de Luynes y el duque se chancearon grandemente. Preguntáronme si vivía en las re-

giones etéreas, y yo, como una boba, les respondí que no lo sabía. Aquella noche no dormí y me levanté con la aurora para corretear por el parque. En los oídos me zumbaban dos demonios, la ambición y el amor, y daba oídos á entrambos, inclinada como estaba á creerlos; mi estrella, buena ó mala, me envió al señor de Luynes, que vino á conversar conmigo, admirado de verme tan temprano fuera de mi aposento.

Más diestra que mi tío, y anhelosa de saber, me propuse hacerlo hablar sin que él adivinase mi mente; á este efecto lo interrogué.

Para mí, entrar en materia era muy sencillo. A la sazón, el duque estaba preocupadísimo con los hijos que la condesa de Verne, su hermana, había tenido del duque de Saboya, y á los cuales disputaban su estado. El señor de Luynes, muy severo en achaques de honor, se había mostrado largo tiempo riguroso para con la condesa; pero, al perdonarla, quiso cumplir sus deberes de hermano y saber fijamente en qué situación iban á dejarla á ella y á sus hijos.

Sobre el particular inició la conversación, y como el duque estaba sumamente interesado en el asunto, dí de lleno en el blanco, y me hallé lanzada á rienda suelta en lo porvenir de los bastardos.

He aquí la conclusión de mi tío:

— El difunto rey trató á sus bastardos como nadie los trata, y el de Saboya ha manifestado la intención de imitarlo; de perlas; pero esto no pasa en ninguna parte. En Inglaterra, en Alemania, en España, doquiera, en fin, los bastardos del rey y de los príncipes no son nada y poco prosperan.

— Bien, canallero — atajé, pues eso no satisfacía mi curiosidad; — pero ¿y los bastardos de los bastardos?

— ¿Quién diablos ha pensado nunca en ellos? —

me replicó desconcertado el duque. — Ser bastardo de bastardo nada significa.

— ¡Cómo! — exclamé, — ¿si el señor duque del Maine y el señor conde de Tolosa tuviesen bastardos, éstos no serían nada?

— Ante todo, conviene sentar que el duque del Maine y el conde de Tolosa son muy incapaces de tenerlos, y hasta lo presente no hay quien sobre el particular acuse á tan cumplidos caballeros; pero aunque cada uno de ellos tuviese tantos como el difunto rey, esto en nada modificaría la situación de persona alguna. ¡Bastardos de bastardos! ¡por vida de!... basta y sobra con los padres, ¿qué digo? es ya excesivo por los cuidados que nos dan, y las eternas desavenencias que suscitan entre nosotros. El difunto rey nos perjudicó grandemente legándonos tales enredos. El señor regente no ha hecho abrogar todavía como debiera su testamento; los trozos que de él nos quedan son llagas para la monarquía.

— Sin embargo — argüí, — los hijos del duque del Maine son nietos de Luis XIV.

— Claro que sí, en cuanto han nacido en legítimo matrimonio; los que no, nada son ni serán.

Esta certidumbre dió en tierra con la ambición; pero quedaba el amor. El amor, que aun no había nacido, y en todo caso la muerte de su hermana tenía que impedir su desenvolvimiento.

Al separarme del señor de Luynes, estaba más que nunca entregada á mis pensamientos, y más indecisa que antes, alentaba una ilusión menos: el espectro del gran rey se había desvanecido al soplo de las palabras de mi tío. Larnage se presentó, á la hora de la lección, pálido y tremulento. Al principio era grande su turbación, pero animándose, llegó hasta la elocuencia. Mientras, por su indicación, hacía yo un extracto de historia, Larnage me contó, con brillantéz

notable, la vida de Julio César, sus éxitos y sus triunfos; echábase de ver que también aspiraba á la conquista del mundo, y venía para ofrecérmelo, para ponerlo á mis pies, lo que halagó mi vanidad.

De esta suerte permanecemos un mes en Dampierre, mes durante el cual pasé por todas las fases del amor inocente, y oí más verdades sinceras que en toda mi vida. Larnage, loco, ebrio de pasión, me escribió cartas más ardientes y más naturales que las de Saint-Preux, á las que contesté, aunque no como Julia. Mis contestaciones lo eran de niña; mi amado era mi muñeca, y no me andaba con sutilezas. Muchos años después he vuelto á leerlas, y me he burlado grandemente de mí misma; tales amores duraron, *por aquella vez*, muy poco tiempo. Salido que hubimos de Dampierre, Larnage, desesperado, no pudo consolarse, y la correspondencia continuó por mediación de mi doncella, y aun aquél vino al locutorio, donde conversábamos al través de la reja, so pretexto de la ciencia y la literatura.

Aquellas entrevistas misteriosas me impresionaron más que las de Dampierre, y no sé qué habría pasado, tanto más cuanto Larnage reclamó el auxilio de su madre, y ésta, por sus relevantes prendas personales, me cautivó todavía más que él. Aquella dama, como nadie ignora, era parienta cercana de los Feriol, y se llamaba Creanci. Por ella conocí á Pont de Veyle y á su familia. ¡Cómo se enlaza todo!

En esto murió mi madre, y salí para la Borgoña, no volviendo á ver más á Larnage. Con todo, nuestra historia no concluye aquí; volveremos á anudarla á menudo, y en circunstancias singulares. Larnage continuó escribiéndome, y no cesó de hacerlo hasta su muerte. ¡Pobre Larnage! era bueno y noble. Desde ayer, que empecé á hablar de él, lo añoro vivamente. A bien que más adelante...

... La señora ha cesado de dictar, y en verdad no lo siento, pues son las seis de la mañana; mas, para ella que no ve, no hay día ni noche. ¡Ahí, pues, su primer amor! Pláceme cotejar lo que va consiguado, con una leve disputa ocurrida en mi presencia esta mañana: es un paralelo bastante curioso. La señora cita á Pont de Veyle, el cual, como nadie ignora, fué, con el presidente Henault y el señor de Fremont, su más fiel amante. Ella no se guardaba de decirlo, y los demás no se guardan de hablar delante de mí. So capa de que no tengo dote y de que probablemente me quedaré soltera, cuéntanme todo lo que mi marido me enseñaría y más allá. Ya no tengo reparo en repetirlo, cuanto más que hay que tomar buenamente las⁶ cosas como se presentan. Pont de Veyle es hermano del señor de Argental, y ambos hijos del hermano del embajador conde de Feriol; han sido unos de los tertulios más constantes de la señora del Deffand. Pont de Veyle concurre todavía diariamente á la tertulia, excepto cuando anda á trompicones con la muerte, lo que de fijo no tardará en acabar con él, pues se halla ya en el último extremo.

Ayer estaba sentado junto á la lumbre, la marquesa ocupaba su sillón, y golpeaba con sus palillos, y yo los miraba á entrambos.

— Desde que somos amigos—dijo la marquesa á Pont de Veyle,—nunca se ha interpuesto una nube entre los dos, á lo menos que yo sepa. ¿No es verdad?

— Lo es, señora.

— ¿No será esto debido á que en nuestro mutuo afecto no nos llevamos ventaja?

— Tal vez.

Esto lo dijeron con tanta frialdad como si hubiesen hablado del emperador de la China; y en verdad me dolió en el alma.

He aquí lo que queda de un afecto de sesenta años en aquellos dos corazones.

Verdad es que aquellos *dos corazones* suman entre ambos muy cerca de ciento sesenta años...

VIII

Yo me había ausentado de París, dejando á Larnage y á las señoras de Luynes y de Creanci, y me hallaba en el hogar paterno, de luto riguroso, llorando á mi madre, más porque los otros la lloraban que por mi propio dolor; y es que estaba separada de ella hacía tantos años, que apenas la recordaba. Sabía que era bondadosa y que me quería y me mimaba, lo que los demás no hacían; pero en mí ha dominado siempre el espíritu, y como mi madre no me hablaba al espíritu tanto como mi tía, de ahí que prefiriese á ésta. Viví en Chamrond retirada, triste, pensando á menudo en Larnage, que me escribía libros, añorando á París, deseando casarme para salir de aquella inmovilidad física y moral, y no descubriendo ningún pretendiente que me quisiese, ó yo le quisiese á él. Cifrar la dicha en la conducta de otro, es idea descabellada; y, sin embargo, la vida de las mujeres estriba en esto. Condenadas á dependencia perpetua, pese á ellas padecen el destino que les imponen, soportan sus consecuencias, y, cuando las consecuencias las abruman, también á ollas imputan la falta. La justicia de la sociedad es así, y toda la filosofía no la mejorará; á mí misma me ha hecho padecer demasiado para aceptarla.

Aquella vida campestre, en la que tan poco alimento hallaba mi espíritu, se me hacía más y más